



BOMBAS PARA EXTRAER EL AIRE DEL TUBO DEL CAMINO DE HIERRO ATMOSFÉRICO DE SAINT-GERMAIN.

He aquí un aparato colosal de una fuerza increíble. Se compone de cuatro cilindros, de los cuales solo aparece uno distintamente al pie y en medio de la lámina; este oculta casi del todo á otro con el cual está pegado; el grabado deja ver el tercero hacia la derecha; el cuarto no tiene cabida en la figura.

Supongamos ahora que nos encontramos en medio de la realidad. En una sala magnífica, el hierro, el acero, el cobre y el bronce están en movimiento. Todas las piezas funcionan; unas por su fuerza de resistencia, otras siguiendo con majestuosa lentitud ó con pasmosa celeridad los movimientos que el maquinista les ha impreso de antemano. Para no hablar mas que de la parte *pneumática*, única que nos ocupa

al presente, veremos oscilar en cada uno de los cuatro cilindros verticales un pistón con movimiento alternado de ascension y de descenso. Estos cilindros, colocados de dos en dos, y cuyo diámetro pasa de dos metros, hacen parte integrante de las máquinas para proporcionar el vacío ó para extraer el aire. Arrojan á torrentes con un estrépito formidable, y por los agujeros que tienen en la parte superior é inferior, las masas de aire hasta dos mil cuatrocientos metros. Bajo la influencia de tan poderosa aspiracion, un convoy entero, compuesto de centenares de viajeros, se ve arrastrado por la cuesta de treinta y cinco milímetros por metro que se eleva hasta Saint-Germain.

El pistón primitivo no tenia cubierta, y por lo mismo no se podia

15 DE JUNIO DE 1832.

extraer el aire del cilindro sin dejar que en él penetrase el agua; pero el ingenioso talento de los griegos, á quienes se debe esta utilísima invención, había descubierto otros medios no menos eficaces para conseguir el vacío completo de un cuerpo.

Habían notado que la combustión rarifica el aire, y que después de enfriado un cuerpo se obtenía un vacío parcial. De este modo aplicaban sobre la piel ventosas secas, semejantes á las que hoy producimos quemando papel en un vaso y aplicando el borde de este sobre el miembro que queremos someter al tópic.

Se ha procedido mecánicamente con la boca por la vez primera á la rarefacción del aire en un recipiente. El niño que suspende de su labio una llave, en cuyo agujero acaba de aspirar aire y el mecánico que pone en juego los cuatro pistones gigantes del aparato de Saint-Germain, llevan á cabo una operación idéntica en cuanto al fondo, aunque muy diversa en la forma y en los efectos. La máquina neumática de Heron de Alejandria apenas levantaba la piel; la de Saint-Germain hace desaparecer rápidamente para los convoyes el espacio de una cuesta escarpada. Entre estos dos términos, extremos de una misma idea, ¿cuáles han sido los intermediarios, los grados sucesivamente recorridos por el talento del hombre en su marcha casi siempre lenta? Hé aquí un estudio interesantísimo y digno de ocupar á los hombres que investigan los secretos de las ciencias.

LUIS HURTADO DE TOLEDO.

Pocas son las noticias de este escritor, de quien D. Nicolás Antonio se limita á decir, que fué natural de Toledo y cura de la parroquia de San Vicente de aquella ciudad. Su carácter sacerdotal no le impidió dedicarse al cultivo de las letras humanas, y en la *Biblioteca Hispana Nova* se citan las siguientes obras suyas en verso castellano, que se han hecho escasesivamente raras.

Las transformaciones de Ovidio. Toledo, por Francisco Guzman.

Egloga siliciana del galardón de amor. Valladolid, Bernardino de Santo Domingo.

Cortes del casto amor y de la muerte. Toledo, Juan Ferrer, 1537 (1).

Historia de San Joseph: en octavas. Toledo, Pedro Rodríguez, 1598, en octavo.

Pedro Alvarez de Ayllon, comendador, segun él mismo dice, de una de las órdenes militares, sin espresar cuál, habia dejado incompleta la comedia de *Perseo y Tibalda*, llamada *Disputa y remedio de amor*. Luis Hurtado la concluyó, y se imprimió en Toledo en 1532, y después en Valladolid en octavo, en casa de Bernardino de Santo Domingo.

Pero su obra mas importante fué sin duda alguna el *Palmerin de Inglaterra*, si son ciertas las conjeturas de Salvá en la segunda parte de su *Catálogo*, número 3636 (2). Refiere allí la única edicion conocida del *Palmerin* en castellano, cuyo título es:

Libro del muy esforçado cavallero Palmerin de Inglaterra, hijo del rey don Duarros: y de sus grandes proezas: y de Floriano del Desierto su hermano: con algunas del príncipe Florendos, hijo de Primaleon. Impreso año de M.D.xlvij (1548)—al fin—M.D.xlvij (1547).—Libro segundo... en el qual se prosiguen y han fin los muy dulces amores que tuvo con la Infanta Polinarda, dando cima á muchas aventuras, y ganando inmortal fama con sus grandes fechos. Y de Floriano del Desierto su hermano, con algunas del príncipe Florendos, hijo de Primaleon. Toledo, en casa de Fernando de Santa Cathalina, defunto que haya gloria... Acabose á xvj (16) del mes de julio de M.D.xlvij (1548) tortij. en fol.

LUIS HURTADO, que habia puesto su nombre al frente de las obras que anteriormente dejamos referidas, quiso ocultarle en esta, quizá su

(1) *Cortes de casto amor y cortes de la muerte, con algunas obras en metro prosa, de las que compuso Luis Hurtado de Toledo*.... 1537, 4.º, Grabados en madera.

Obra en prosa y verso, dividida en dos partes: la primera es de setenta y dos hojas, y al fin de la primera plana de la última, se lee: *Impreso en Toledo en casa de Juan Ferrer. Año de M.DLXII*. El libro está en letra tortis hasta el fol. 47, donde empieza el *Triunfo de Amor*, y en letra redonda hasta el fin. La segunda parte tiene el título de *Cortes de la muerte á las quales vienen todos los estados; y por vía de representación, dan aviso á los vinientes y doctrina á los oyentes*, llevan gracioso y delicado estilo, dirigidas por Luis Hurtado de Toledo al señor D. Felipe, rey de España... 1537. Tiene sesenta y ocho hojas, casi todas impresas en tortis. La última no está numerada; y contiene la errata, con la siguiente suscripción: *Aquí se acaban las cortes de la muerte que compuso Michael de Carvajal y Luis Hurtado de Toledo: fueron impresas en Toledo, en casa de Juan Ferrer: acabáronse á XV de octubre, año de M.DLXII*.

Libro curioso y muy raro. Asi Brunet en su *Manuel du Libraire*, que cita tambien la *Fida de San Joseph* y la comedia de *Perseo y Tibalda*.

Del Miguel de Carvajal, colaborador de Luis Hurtado, no he hallado mas noticia. (2) *A Catalogue of Spanish and Portuguese Books*. LONDON, 1826—1829 (primera y segunda parte).

primera produccion, y lo encubrió bajo el velo de un acróstico, pasando así desapercibido, y dando lugar á que apareciesen muchas y muy diversas opiniones acerca de su verdadero autor. Cervantes, que hace un elogio tan brillante del *Palmerin* (1), le creia compuesto por un discreto rey de Portugal que no nombra: lo hace Faria y Sousa (2), diciendo que algunos creyeron que lo fué D. Juan el II; pero Barbosa en el artículo que dedica á este rey en su *Bibliotheca Lusitana*, no hace mencion ninguna de aquella particularidad.

Francisco de Moraes tradujo á su idioma el *Palmerin*, y alterando el texto y añadiéndole en algunos parajes, publicó como obra suya la *Primeira e segunda parte do Palmerin de Inglaterra, dedicada á Infanta D. Maria*. Evora, por André de Burgos, 1567, en fol. Tan rara y desconocida se habia hecho ya la edicion castellana, que nadie descubrió el plagio, y Moraes permaneció en quietud y pacífica posesion de un libro que no cede en mérito á ninguno de los de su género, si se exceptúa el *Amadis*. En ella le confirmó D. Nicolás Antonio, que no habiendo visto el *Palmerin* en español ni en portugués, se le atribuyó en fé de los informes que e habian comunicado; y es lo singular que aquel bibliógrafo supone tambien la existencia de un *Palmerin* castellano que sirvió de original á la traduccion italiana impresa en Venecia en 1584, del cual hace mencion entre los anónimos (3). Barbosa afirma tambien sin vacilar, que Moraes compuso la primera y segunda parte del *Palmerin*, porque sin duda, aunque la cita, no vió la traduccion francesa de 1574, que espresamente dice que estaba hecha del castellano. Pero mucho mas es de extrañar que siga la misma opinion el editor de la coleccion de las obras de Moraes, impresa en 1786, toda vez que hace mérito de la traduccion francesa de 1535, la cual, siendo anterior á la publicacion del *Palmerin* por Moraes, excluye toda idea de que fuese este el autor original, aun cuando por no haberla manejado no hubiese podido advertir, que en la portada de aquella edicion, como en la de 1574, se dice espresamente que la traduccion está hecha del castellano. No se escapó esta observacion á la esquisita diligencia de Clemencin, pero arrastrado sin duda por la opinion general de que el *Palmerin* se habia compuesto en Portugal, ó suponiendo que habria sucedido con él lo que con el *Amadis*, creyó que la edicion castellana, por la que se hicieron asi la traduccion francesa como la italiana, habia sido á su vez trasladada de un original portugués, mas antiguo por supuesto que el publicado por Moraes.

Sin embargo, cuando Clemencin dió á luz su *Comentario al Quijote*, hacia ya algunos años que Salvá habia descubierto la impresion de 1547 y 1548, adelantando una nueva opinion acerca del verdadero autor del *Palmerin*.

Al dar cuenta de ella al número 1626 de la primera parte de su *Catálogo*, engañado por el contesto del prólogo, en que el editor Miguel Ferrer llama á los dos tomos, *este mi pequeño fruto, este mi trabajo*, dió por supuesto que el autor era el mismo Miguel Ferrer. Pocos deben haber sido los ejemplares de aquel *Catálogo* que [hayan venido á España: yo por lo menos no he podido ver mas que uno, y aparte de las veces que Brunet hace referencia á él, tan solo he visto citada la primera parte en la *Noticia bibliográfica de las obras de Garcilaso*, que se halla entre las *Ilustraciones á su vida*, inserta en el tomo XVI de los *Documentos inéditos para la Historia de España*.

Solo asi puede explicarse que el erudito D. Adolfo de Castro, que al parecer tuvo presente aquella primera parte al estender las notas que puso al *Buscapié de Cervantes* en la edicion que de él hizo en 1848 (4), siguiese todavia la opinion de que Miguel Ferrer era el verdadero autor del *Palmerin*, por no haber tenido conocimiento de la segunda parte en que Salvá la rectifica. Una casualidad le hizo descubrir el secreto enuelto en el acróstico de que antes se habló, cuyo sentido es *«Luis Hurtado, autor, al lector da salud»*; y como en aquella época era tan comun esta manera de esconder el nombre del escritor, y aun á veces el de la persona á quien la obra se dedicaba, Salvá, que habia tenido ocasion de observar repetidos ejemplos en los muchos libros raros de que da razon, no titubeó en afirmar con toda seguridad que HURTADO habia sido el verdadero autor del *Palmerin*, en lo cual le siguió Brunet; Miguel Ferrer no fué mas que editor, y Moraes traductor, con sus puntas y collar de plagiarlo, sin mas parte en la composicion que haber intercalado algo de sus amores en Francia, lo que segun Clemencin se deduce del prólogo del editor moderno, y pudiera verse confrontando la edicion citada, ó la traduccion francesa de Jacques Vincent, con la publicada por Moraes.

En la *Bibliotheca Lusitana* se hace mencion de un libro castellano de que no he hallado noticia espresa en ninguna otra parte, y que es á mi entender una continuacion del *Palmerin*. El título dice: *De los valerosos y esforçados hechos en armas de Primaleon, hijo del emperador Palmerin, y de su hermano Polendos y de Don Duarte, príncipe de In-*

(1) *El Quijote*, primera parte, capítulo vi, vii. Clemencin, Coment. allí.

(2) *Europa Portuguesa*, tom. III, parte VI, capítulo VIII.

(3) *Bibliotheca Hispana Nova*, tomo II, página 596.

(4) Nota O, página 49.

glattera. Lisboa, por Simao Lopes, 1398, folio. Barbosa lo da por obra de Francisco de Moraes, en cuyo artículo lo pone; pero no dejan de ofrecerse algunas dificultades para aceptar esta opinión. Moraes murió en 1572, de modo que aquel libro, publicado diez y seis años después, fué obra póstuma ó segunda edicion, circunstancias de que Barbosa no hace mérito alguno. Además sorprende que Moraes, después de haberse apropiado y traducido al portugués la primera y segunda parte del *Palmerin*, haya escrito la tercera en castellano; y por último, hay alguna probabilidad de que estaba publicada en 1560, siete años antes de que Moraes imprimiese la primera y segunda. Sabemos ya por testimonio de D. Nicolás Antonio, que la traducción italiana se hizo del castellano, y Brunet nos dice que esta traducción se compone de tres partes impresas en 1535 ó 1533, con el título siguiente: *Palmerino d'Inghilterra figliuolo del re don Duardo nel quale si raccontano molte prodezze, etc.* El tomo segundo contiene: *Molte prodezze di Floriano del Deserto, fratello del Palmerino, con alcuni gloriosi fatti del principe Florendo figliuolo di Primaleone, etc.* El tercero: *Le valorose imprese di Primaleone secondo, etc.* Los dos primeros tomos concuerdan exactamente con la primera y segunda parte del *Palmerin*, y el tercero, á pesar de estar el título truncado, parece también ser traducción de los valerosos y esforzados hechos de *Primaleon*, porque la palabra *segundo* que se añade en la versión italiana, se refiere sin duda á que en la segunda parte aparece ya un *Primaleon*, padre del príncipe Florendo. Brunet cree que este tomo III no se dió á luz antes de 1560; pero aun concediéndole esta conjetura, en cuyo apoyo nada dice, tendremos siempre publicada la tercera parte en castellano, algunos años antes que Moraes lo hiciese de la primera y segunda en portugués, y deberemos suponer que así como no fué autor de estas, tampoco lo fué de aquella. Hoy sería bien difícil conjeturar en qué año se imprimió por primera vez y quién fué su verdadero autor, no teniendo á la vista el mismo libro, que debe andar muy escaso, y por lo mismo terminaremos este artículo con una nota de las impresiones y versiones del *Palmerin*, y de los libros que comprende cada una de estas.

La edición castellana se compone de las tres partes que quedan referidas, impresas las dos primeras en 1547 y 48, y la tercera en 1598: todas tres rarísimas.

La traducción francesa hecha por *maistre Jacques Vincet, du crest Arnaud en Dauphiné*. Lyon, Thibault Payen, 1535, dos partes en folio, reimpresa en Paris, *Jean d'Ongoys*, 1574, no contiene mas que los dos primeros libros.

Dejó ya dicho que á mi entender la versión italiana está calcada en todo sobre la edición castellana, y que se imprimió por primera vez en 1535 ó 55. Venecia, Michela Portonaris, tres tomos 8.º Se reimprimió, Venecia, Giacomo Bendolo, 1584; y Lucio Spineda, 1609; también in 8.º La traducción es de Mambrino Roseo, aunque D. Nicolás Antonio, que no vió mas edición que la de 1609, duda si sería del mismo Lucio Spineda.

El mas voluminoso es el *Palmerin* en portugués, que contiene: *Primeira e segunda parte publicada por Moraes en 1567*, reimpresas en Lisboa en 1592.

Tercera e quarta parte... na qual se tratao as grandes caballarias do principe D. Duardos II, etc. Lisboa, por Marcos Borges, 1587, y Jorge Rodriguez, 1604, folio. Escritas por Diego Fernandez, de Lisboa, natural de esta ciudad, ó según otros, de la de Tavira, en el Algarve.

Chronica do famoso principe D. Clarisol de Bretanha (quinta y sexta parte del *Palmerin*, por Baltasar Gonzalez Lobato, natural de Tavira, dedicada á D. Diego de Silva, primer conde de Portalegre, mayordomo mayor del Rey D. Manuel). Lisboa, Jorge Rodriguez, 1602, folio.

No forma parte de esta colección el *Libro de los valerosos y esforzados hechos de Primaleon*; coligiéndose de ello que no fué trasladado nunca al portugués, sin que sea fácil adivinar qué razones pudieron conducir á Barbosa á colocarle entre las obras de Moraes, como no fuese la analogía del asunto.

En 1786 se reimprimieron en Lisboa por Sim. Thadeo Fereira, con las demás obras del autor, las dos partes del *Palmerin* de Moraes (1), y

(1) Francisco de Moraes, natural de Braganza, hijo del doctor Alvaro de Moraes, y tío del célebre Baltasar Telles, cronista de la compañía de Jesús, estuvo dotado de un ingenio perspicaz, que con su continua aplicación á los libros, se hizo estimar de los literatos mas insignes de su tiempo. Asistió en Paris en tiempo de Francisco I con el embajador de Portugal, D. Francisco de Noroña, segundo conde de Linares, y ma yordomo mayor de la Reina Doña Catalina, muger de D. Juan III. Vuelto á su patria, murió á manos violentas en 1572, junto á la puerta o *recio*, de la ciudad de Evora, hallándose allí la corte.

Además de la primera y segunda parte del *Palmerin* y del libro de los *esforzados hechos de Primaleon*, que Barbosa le atribuye, escribió: *Dialogos em hum desengano de amor sobre certos amores que tuvo em França humna dama da Rainha Doña Leonor*. Evora, por Manuel Goelho, 1624.

Tres diálogos en que soo interlocutores do uno hum fidalgo, é un esendeiro: do dos hum caballeiro é un doutor, do tres: humna regateira é hum moço da estribeira. (Imitando el estilo de la de Miranda.)

de ellas hizo una traducción compendiada al francés, M. Eugene Men- glare. Paris, Eug. Reuduel, cuatro tomos, in 12.

Por último, corresponde hacer mérito, siguiendo el orden cronológico, de la versión inglesa; *London*, 1602-1609 By A. M. (*Anthony Monday*), tres partes en 4.º, reimpresa en 1639, dos partes en un volumen 4.º, y después en 1664 y 1691, siempre en 4.º En 1807 salió á luz otra traducción, por Rob. Sonthey, *London*, *Longman*, cuatro tomos en 12.

La siguiente balada pertenece á una colección de composiciones de este género, escritas por el mismo autor, que han empezado á salir á luz en una bella edición, con grabados, de los cuales pueden servir de muestra los dos que damos en este número. Ya anteriormente ofrecimos á nuestros suscritores otra balada del señor Barrantes, con el título de *Esposa sin desposar*, que como todas las que han de figurar en la colección, demuestran las excelentes disposiciones que el autor tiene para cultivar con fortuna un género de literatura tan bello como nuevo en nuestro país.

Á D. LUIS DE EGUILAZ.

LA MISMA CONCIENCIA ACUSA.

Misterios del alma son.
Moreto.

A pasos agigantados
leyendo ansioso un papel,
Moreto cruza por el
Pradillo de los ahorcados.

Alma viviente ninguna
viene el silencio á turbar,
solo el que acaban de ahorcar
cuelga á la luz de la luna.

Aquella vision le inquieta,
y reza un credo; que al fin
es el buen Don Agustín
hombre, y cristiano, y poeta.

Aun doblada la rodilla
siente de la yerba el roce,
cuando sonaron las doce
en el reloj de la villa.

En sobresalto cruel
Moreto se levantó,
y en torno á mirar volvió
y á repasar el papel.

«Si el sitio no os pone miedo,
»quien esto escribe, os espera
»hoy á media noche, fuera
»de la puerta de Toledo.

»Otro mejor no elegí,
»porque asegura la gente
»que vos y yo solamente
»podemos vernos allí.»

Poniendo mano á la espada,
aunque mano temblorosa,
Don Agustín dijo: —«¿Es cosa
de burlas? no está firmada!

»¿Quién me sacó de la villa
á este maldito lugar?
Aquí maté á Baltasar
Elisio de Medinilla.»

Esto al decir, asomaba
en su faz color del plomo,
y su mano sobre el pomo
con lúgubre son temblaba.

Relacao das festas que el Rey de França Francisco I fez nas bodas do duque de Cleves, e a princesa de Navarra, 1541.

Relação das Esquias de Francisco I, no anno 1546.

Relação dos torneos do principe em Xabregas, 5 de agosto de 1550.

En vano el embozo cubre
su faz, que el dolor reviste
de palidez honda y triste
como la vid en octubre.

Con máscara engañadora
cubrir el dolor secreto,
es doble dolor, Moreto;
mas en secreto se llora.

Aunque la luz al quebranto
es consuelo baladi,
quien llora dentro de sí
se envenena con su llanto.

Los ojos tiende adelante
casi cegados del miedo,
y ve en el espacio un dedo
que le señala constante.



Vuelve á otro lado la cara,
y ve con fiera agonía
que el ahorcado se movía
sin que nadie le tocara.

De hinojos y la cabeza
con el dolor trastornada,
pega á la cruz de su espada
los labios, y llora y reza.

Mas cuando á mirar se atreve
que un punto le deja el miedo,
siempre le señala el dedo,
siempre el ahorcado se mueve.

Así le halló la mañana
en actitud religiosa,
su faz mucho mas rugosa,
su cabellera mas cana.

Los ojos clava en aquel
papel que arruga su mano,
y grita:—«¡Dios soberano!...»
(Estaba en blanco el papel).

VICENTE BARRANTES.

EL CAMPO DEL MORO.

Para los seres pensadores, existen tres mundos: el mundo que pasó, el mundo que es, el mundo que será. El mundo que fué, se presenta con el magnífico aparato de sus doscientas edades, de sus doscientos héroes, de sus doscientos grandes crímenes, y de sus doscientas acciones memorables. Con la consumada experiencia de seis mil años todo lo ha visto, todo lo ha tocado; conoce bien los ocultos pliegues del corazón de cada hombre, porque han latido en su inmenso ámbito los corazones de un millón de millones de hombres desde la niñez á la ancianidad; conoce mejor las peripecias de los pueblos, porque han bullido en sus entrañas un millón de pueblos distintos; nada le sorprende, nada le asusta, nada le entusiasma: es el anciano que todo lo

ve sin pasión, porque lo ve sin esperanza. En una palabra, es el mundo de los filósofos en sus diferentes matices. El mundo que será es un caos, pero con luz y con colores. Sin que un solo desengaño interrumpa la serie de sus ilusiones, es el mundo de las esperanzas; fantasmas que podrán trocarse en esqueletos, si se tocan, pero que en tanto crecen y destellan con incomparable brillantez. Nada ha visto, nada ha tocado; todo le sorprende y entusiasma; es el niño que todo lo ve por el prisma de la inocencia, diamante de cien mil facetas, todas claras, tersas é iguales. Este mundo ideal pertenece á los creyentes y á los poetas; ellos solos saben imaginárselo, porque ellos solos tienen fé. Entre estos dos mundos está el mundo real y positivo; el mundo que realmente existe, el mundo que todos tocamos, de que somos una ínfima parte. Este mundo es ciego y egoísta. No quiere recordar lo pasado, porque teme que la experiencia le sirva de remordimiento; no quiere fijar su mirada en lo porvenir, porque teme profetizarse su propia ruina, como profetizó Jeremías la de su querida Jerusalem. Mundo de oro, por mas que quieran apodarlo de hierro y aun de escoria, porque el *Dives* de los latinos es el ídolo á quien venera. Mundo hombre, que de todo duda; y mundo, en fin, de los malvados, que siempre aprovechan lo presente, sin cuidarse de lo pasado, sin adivinar lo porvenir.

Viajando por estos tres mundos, bien puede un hombre hacer largas jornadas sin temor de tocar sus límites, y en cualquier paraje del globo en que detenga un día su planta, podrá meditar á su sabor en lo pasado, en lo porvenir y en lo presente, concretándose á los horizontes que hayan fijado sus miradas.

Asentadas estas premisas, todo el mundo convendrá en que si un hombre tiene la humorada de dirigirse á las nueve ó las diez de una calorosa noche de julio al CAMPO DEL MORO, además de refrescar un poco la sangre, casi tanto como si tomara un vaso de horchata de chufas ó si le dieran calabazas en una primera declaración, dos cosas que dejan á un hombre igualmente frío, podrá entregarse á recuerdos y profecías, y meditar mucho sobre lo presente, pues todo hombre que pasea solo de noche, filósofo, si no es de granito ó de corcho. Y á la verdad ¿qué sitio puede elegirse, aun después de buscarlo mucho, como Diógenes á su hombre, con una linterna en la mano, mas poéticamente melancólico que la bella fuente de los Tritones? Sentado un poquito lejos de la fuente, porque está vedado llegar á ella, sin duda por temor de que los sedientos de la villa vayan á apurar sus cristales, puede un ciudadano pacífico al murmurio de sus corrientes, si corre por casualidad, viajar por los tres mundos, concretando sus escursiones á los justos límites del CAMPO.

¿Y para qué mas horizontes? EL CAMPO DEL MORO, LA TELA: al

pronunciar estos dos nombres brotan de la tierra escuadrones de cristianos y sarracenos, se oye

Del Cid la trompetería,

y dirigiendo la vista hacia la ciudad árabe, se ven coronados los muros, como lo ha dicho Moratín.

«Ansi de los muros miró de Madrid
La plebe agarena venir á cercalla,
Desnuda tizona y en tren de batalla,
Al bravo cabdillo que llamaron Cid.»

Enardecida la imaginación, resuena el pavimento herido por los herrados cascos de los armados palafreñes; se oyen sus belicosos relinchos, el estridor de las espadas, los rudos golpes de las hachas, los ayes de los moribundos, los lamentos de los vencidos y los himnos de los vencedores. Cesan los sangrientos combates, y se oyen crujir las canchales del suspicaz Pedro de Castilla, que después de haber reedificado el viejo alcázar de Sevilla, viene á poner la primera piedra del nuevo alcázar de Madrid. El maestro Padilla, Castro, Hinestrosa y otros castellanos de cuenta forman la comitiva del rey: el monarca camina dos pasos delante de todos, y lleva hacia atrás vuelto el rostro, como si temiera que sus más íntimos amigos fuesen á herirlo por la espalda: los cortesanos á su vez también vuelven hacia atrás los rostros, como temiendo que los ballesteros de su buen amo los acometan á traición. ¡Triste corte y triste ceremonia!... No parecía que se iba á levantar un alcázar, parecía más bien que se iba á cavar una tumba. Para ser rey lleno de sospechas, es mucho mejor no reinar; para ser magnate acosado de justos temores, es mucho mejor mirar desde lejos el palacio. Pocos años después alumbran el Campo las llamas en que arde la fortaleza de D. Pedro; ya reinaba Enrique II. Estas llamas representaban la hoguera en que se comunican sin confundirse los sangrientos cuerpos de los fraticidas hijos de Edipo. Los dos habían empapado sus manos en su propio sangre: D. Pedro y D. Enrique habían privado de la vida á hijos de su propio padre... Para acabar por fraticidas, es mejor no empezar por hermanos.

En las torres del nuevo alcázar posa el señor de Madrid Leon V, rey de Armenia, resuenan las lentas pisadas del doliente Enrique III; y en tanto que el rey casi niño, de ánimo fuerte y cuerpo débil, levanta torres de buena estofa para guardar en ellas los tesoros que hace devolver á sus avaros ricos-hombres, el brujo de antiguas consejas, el primo del rey D. Enrique de Aragón, marqués de Villena, pasa las noches encerrado en un desierto torreón, ya escribiendo trovas, ya estudiando el curso preciso de los astros, y ya adivinando la roja llama de sus operaciones químicas. Por las tardes salta los fosos sobre su corcel andaluz el niño marqués de Santillana, y por las noches anda á estocadas, ó canta trovas al pie de los espesos muros, acompañado de Macías. ¿En dónde está Macías? ¿En dónde está Larra que popularizó sus amores? en donde pronto estaré yo, que ahora los nombro: en las entrañas de la tierra.

Antes de ser rey D. Juan II, aparece entre un nieto de Enrique II y una nieta de Pedro el Cruel, reuniendo en sus venas de niño la sangre de dos fraticidas. D. Fernando, llamado *el de Antequera*, por haber conquistado esta importantísima ciudad, afirma en las sienes del niño la corona que los magnates querían poner sobre la frente de un varón; pero Juan II, más débil de ánimo que *el Doliente*, aunque más robusto de cuerpo, se apresura á buscar unos hombros que lleven la pesada carga del gobierno, y comienza á resplandecer el valido D. Alvaro de Luna. D. Alvaro de Luna: su figura se levanta cien codos más alta que la del monarca de Castilla. El último es la dignidad, el primero la omnipotencia. ¡Con qué profundo desprecio mira á sus numerosos enemigos! ¡con qué lástima á un príncipe mozo y á un favorito casi niño! El heredero de la corona y D. Juan Pacheco, son á los ojos de D. Alvaro dos granos de arena que no detendrán ni un solo instante su marcha triunfal; y sin embargo, su carro tropieza en los granos, se detiene, vacila, cae, y el gran condestable se despeña, y corta su cuello un verdugo, mientras su buen amo prepara certámenes de gaya ciencia.

Paso, paso á D. Enrique IV y á su amigo el marqués de Villena, la mejor lanza de estos reinos. Paso á D. Beltrán de la Cueva, el del *Paso honroso*. Paso un momento á la Beltraneja, y paso al duque del Infantado, que asienta sus reales en el Campo. Paso á la gran reina de Castilla Isabel I; paso al astuto rey de Aragón, Fernando V; paso á los héroes de su bueste; paso á los maestros de las órdenes, que van dejando sus ricos mantos en las gradas del trono. Paso también al varón fuerte, que mantiene en paz á Castilla, al cardenal Jimenez de Cisneros. Ved á Carlos V, emperador, que asienta sus reales en Madrid. Pálido y débil se presenta ese gran corredor de cañas, que busca coronas por sortijas, y las toca sin ensalzarlas, llamado Francisco I. Ved á Hernán Cortés y á Pizarro, conquistadores de dos imperios, casi tan grandes como dos mundos. Ved esa corte cubierta de acero, que toca periódicamente todos los confines de Europa. Ved al Ticiano de vigo-

rosa entonación. Ved un tropel de embajadores, que se precipitan al paso del primer monarca del mundo, y despedir á Carlos I, que se dirige á su triste celda de Yuste.

Silencio, que viene á asentar su casa y corte en el alcázar de Madrid Felipe II; ese D. Pedro, el Cruel togado, que quema y asesina. Silencio, aunque aparezca D. Juan de Austria, que triunfó en las Alpujarras y en Lepanto, para morir en Flandes. Silencio, aunque vayan pasando el príncipe Carlos y Escobedo, Antonio Pérez y el marqués de Poza, y el gran duque de Alba. Silencio: Felipe II no quiere discusión ni ruido; quiere misterio y obediencia. Tan poco le gusta el ruido, que le incomoda la cadencia de los versos de la Araucana, y Ercilla vive y muere pobre y completamente olvidado. No escuchéis tampoco, no escuchéis. Cuando Felipe II sabe que el corazón de un hombre encierra un secreto importante, procura que una tumba guarde el secreto y el corazón, para que no salga el secreto.

¿Cómo se pasea por sus jardines el pobre rey Felipe III, y el rico ministro duque de Lerma? ¿Qué queda de la guerrera corte del emperador? Nada. ¿Qué queda de la corte profundamente astuta y política de Felipe II? Casi nada. Pocos capitales, pocos hábiles negociadores; ni saben conquistar los primeros, ni conservar saben los segundos: y ese advenedizo que se encumbra más allá de sus esperanzas, para caer más bajo aun que sus temores, solo consigue ver satisfecha momentáneamente su vanidad, y que en una página de la historia se lea el suplicio de D. Rodrigo Calderón.

Felipe IV, el caballero, el galanteador, el pintor, el poeta, á quien llaman sus aduladores *EL GRANDE*, y que á fuerza de perder territorio lo es como el hoyo, viene acompañado de su corte, y se va con ella al palacio del Buen-Retiro. La posteridad recuerda los nombres de D. Francisco de Quevedo, Velazquez, D. Pedro Calderón de la Barca y otros célebres justadores en el palenque del ingenio: las leyendas y los romances hablan siempre del conde de Villamediana, el más apuesto caballero de la corte de un rey galante; la historia se ocupa del conde-duque de Olivares, el más orgulloso de los ministros, y el más odiado de los favoritos. La historia también abre sus páginas al intrépido D. Luis Fajardo y á D. Pedro Tellez Giron, gran duque de Osuna, cabeza de fuego, corazón de diamante y brazo de hierro, vencedor de los enemigos de su patria y despojo de las cortesanas intrigas. Muchas fiestas, muchos torneos, y alguno que otro auto de fé, poco verdadero patriotismo. Entre el polvo de los torneos se confunden dos grandes figuras: Carlos I de Inglaterra, y su favorito y ministro duque de Buckingham. Muere el segundo asesinado por un fanático, Felton; muere el primero decapitado por un ambicioso, Oliverio Cromwell.

Ese niño con andadores, pálido, flaco y macilento, que apenas puede arrastrar los pies y llevar erguida la cabeza, es todo un rey, es Carlos II. Comienza la dinastía austríaca en un gigante, y va á extinguirse en un pigmeo. ¿Como se destruyen las razas en cuatro generaciones! Tienen cogido el cetro por una punta la regenta, y por la otra el segundo D. Juan de Austria; y aunque el niño se convierte en hombre, el cetro no sale de tutela, porque el hombre es Carlos II *EL HECHIZADO*, y *EL HECHIZADO* es siempre juguete de las más bastardas ambiciones.

Felipe V, trayendo una nueva dinastía, el archiduque Carlos, queriendo conservar la antigua, aparecen y desaparecen como dos brillantes meteoros, seguidos de sus cortes y de sus ejércitos de españoles, franceses, ingleses, alemanes y lusitanos. Dos vulgares ambiciones lidian por el esqueleto del gran reino que dejó á su hijo Carlos V: la Europa entera toma parte, invocando su equilibrio, y como llamado el archiduque á ceñir la corona imperial, adquiere más peso su platillo, queda Felipe V rey de las Españas y sus Indias. Ya aparece la astuta faz de la princesa de los Ursinos, y ya el rostro complaciente y móvil del predestinado Alberoni. Otra vez alumbran las llamas los jardines del parque y la Priora; otra vez estalla el incendio en el alcázar de Madrid. Hay edificios condenados á la destrucción, como hay hombres predestinados al cadalso: la plaza Mayor y el alcázar corresponden á estos edificios. La nueva dinastía necesitaba un nuevo palacio. ¿Iba á ser más grande que su antecesora, y quería para vivir holgada, una morada más grandiosa? ¿Iba á ser más pequeña, y la venía grande el alcázar de los austríacos? Respondan á estas dos preguntas el indeciso Felipe V, el apenas conocido Luis único, el apático y bondadoso Fernando VI, el rencoroso cuanto ilustrado Carlos III; respondan si quieren también, Carlos IV y Fernando VII. Respondan por ellos sus ministros Alberoni, Riperdá, Patiño, Ensenada, Esquilache, Aranda, Florida Blanca: respondan algunos que viven, y pueden responder aun. Digan si fueron previsores esos tres nuevos personajes, que asomados á los balcones del nuevo alcázar inaugurado por Felipe V y terminado por Carlos III, contemplan los desarraigados jardines y los esparcidos escombros. Estos tres personajes se llaman Joaquín Murat, José Bonaparte, y Napoleón.

Requiscat in pace el mundo que fué; ese pequeño mundo encerrado en tan reducido recinto, ese pequeño mundo que se ve, ayudado de la

memoria y volviendo la cara atrás, desde el actual CAMPO DEL MORO. Mundo, como hemos dicho antes, de crímenes y grandes acciones. Olvidémonos de lo pasado, y sentados en la misma fuente, ocupémonos de lo que vemos, de lo que oímos, de lo que adivinamos. Qué vemos? una hermosa luna, clara y limpia como la de enero, que ilumina el álveo del siempre sediento Manzanares, los árboles de sus riberas, la ermita y los dos cementerios de San Isidro, las montañas de Guadarrama, los jardines del CAMPO DEL MORO, y el palacio Real. Qué oímos? el manso murmullo de la fuente; las compasadas voces de dos ó tres ciegos que cantan, acompañados de sus respectivas bandurrias, algunos versos religiosos; los lejanos acordes de algunas arpas, violines y clarinetes que maltratan las melodías de Donizetti; el paso igual de los soldados que relevan á los centinelas, y el lejano y confuso murmullo de la gente que toma el fresco en la linda plaza de Oriente. Qué adivinamos? Que bajo los mas copudos árboles, y al abrigo de

Un muro de verde yedra
y un techo de oscuridad,

como ha dicho Zorrilla, pláticas mantendrán sabrosas algunos amantes amigos de la soledad y la noche; que entre los muros de granito y bajo los dorados artesones del palacio se trazará mucho que no debe pasar de líneas, se urdirá mucho que ha de romperse sin saber cómo. Hé aquí lo presente: poca cosa comparada con lo pasado: ¿Será mucho en parangón de lo porvenir?

Imposible. Lo presente es un solo instante, lo porvenir puede ser muy bien una especie de eternidad. ¿Pero cómo recorrer el velo que oculta misterios tan altos? ¿cómo desarrollar ese gran mapa que han de trazar hora por hora la mano de doscientos siglos? ¿Será ese palacio muy estrecho para la dinastía que venga, será muy ancho ó no querrá palacio esa futura dinastía? ¿Irán á prestar su fragancia á las playas del Océano las plantas del CAMPO DEL MORO, y como de paso derramarán sus mejores perfumes en el continente africano? ¿Volverá á armarse la rica tienda del emperador, ó se preparará en su lugar el lecho de Carlos II? ¿Habrá un nuevo fénix de los ingenios, como Lope de Vega Carpio, respetado, honrado y querido, ó un Miguel de Cervantes Saavedra, pobre, oprimido, encarcelado? En Lisboa está el hospital de Camoens, en Madrid la prisión de Cervantes: ¿ese hospital y esta prisión serán consagradas alguna vez por un soberano ó un pueblo?... Ardua tarea es tender la vista hácia ese nebuloso horizonte en que está envuelto lo porvenir; y meterse á hacer vaticinios, si no es pensar en lo escusado, es echar por los cerros de Ubeda. Lo racional, lo conveniente, es estudiar un poco lo pasado, para escarmentar en cabeza ajena; y sobre todo, contentarse con lo presente. Y á la verdad que es necesario ser un solemne majadero para no bailar de contento al compás de las palmas y los bravos que nos dan los contemporáneos. Siglo mejor que el XIX no ha figurado en las edades; año mejor que el 32 del mismo siglo no puede darse, y fuera presunción pedirlo. Todo está bien, todo convida á los mas inefables goces. En lo moral y en lo material, en lo público y en lo doméstico, en lo social y en lo político, todo marcha de la misma manera; y si no rayamos en la perfectibilidad, es porque la monopoliza el cielo.

JUAN DE ARIZA.

LA HIJA DE LOS BOSQUES.

CUENTO POR LA NEREIDA.

Á DON P. A. CARDANO.

Si algun día, amigo mío, la suerte caprichosa os aleja del hermoso cielo de nuestra patria, y os lleva bajo la húmeda atmósfera del mar del Norte, no olvideis visitar la pequeña isla de... No siempre hemos de dejarnos arrebatar de esa alegre volubilidad de los hijos de París, ni siempre hemos de contemplar las pisadas calculadas y egoístas de los habitantes de Londres. Para conocer á la humanidad, hay algo mas que el presente; el pasado es tambien un gran libro donde se estudia el corazón del hombre. Los monumentos son célebres de dos maneras: bien por su mérito artístico, bien por las ideas que despiertan. Las ruinas informes de Palmira, Babilonia, Cartago, ¿no hablan á la imaginación mas que la elocuencia de los sabios modernos? ¿Qué de recuerdos escita una piedra carcomida! ¿Qué sentimientos un paredón desmoronado, á cuyo pie crecen plantas parásitas, y del cual el zagal ignorante arranca un día y otro día pequeños trozos, ayudando así al tiempo en su afán devorador! De este género son las que os propongo visitar: han pasado, en verdad, los siglos sobre ellas, dejando impresa su funesta huella; pero ¿no es consolador ver que brilla en esos restos una centella del pensamiento de las generaciones que han desaparecido?... ¡Ah! el hombre pasa como el lirio del desierto, pero sus obras

desafían á los siglos: las concepciones de su alma, de ese destello de la divinidad, son tan eternas como ella.

La isla de... separada sin duda del continente en una época remotísima por una de esas soberbias alteraciones del globo, es una gran mole de picos gigantescos amontonados unos sobre otros. Al poniente de ella, la montaña de las aguas corta perpendicularmente la superficie del mar, y por entre las grietas de sus costados saltan pequeños arroyos sobre lechos de lava petrificada, por donde algun día corrieron torrentes de fuego. La alta montaña de las aguas se inclina hácia el norte, formando mesas y declives poblados de altísimos pinos y encinas corpulentas. Costeando la pequeña isla se ve al poniente un montón de ruinas esparcidas sobre una ancha mesa que sirve de estribo á la montaña. Mas allá el suelo va descendiendo por medio de suaves rampas, hasta tocar con la playa, donde el invierno acumula montones de hielo arrojados de los mares polares. Algunos restos de viviendas aisladas se ven aquí y allá, envueltas por una niebla espesa y fría que hace confundir las nubes con las nevadas crestas de las montañas.

Arrojado nuestro buque á lo largo de las costas de la Escocia por los vientos del Sur, fuimos llevados hasta la isla donde hoy día existe un mal fondeadero en que hacen aguada y se preparan para su peligrosa navegación los buques balleneros. No os contaré, amigo mío, las penalidades que pasamos en este viaje, ni la tristeza de aquel clima ceniciento y oscuro que hacíanme recordar con envidia el hermoso sol de nuestra patria; ni os referiré las privaciones que sufrimos en aquella tierra inhospitalaria: no es este mi objeto. Aquel país no vive en el presente, vive en el pasado; por eso, para hablaros de esta isla, voy á retroceder algunos siglos. Entre los escasos habitantes de estas montañas viven tantas historias de otro tiempo, que no quiero renunciar á escribir una de las muchas que me contaron. Esta es la patria de las tradiciones: aquí vinieron los galos, los francos, los normandos, y los desmoronados escombros de sus templos sibilíticos revelan su paso sucesivo; tras de ellos viene otro ser que ha dejado en caracteres negativos señalada tambien su huella: este ser es el tiempo. Pero bajo el musgo hay una piedra, esa piedra es una idea, esa idea es una historia que solo comprenden los ancianos del país.

Uno de estos ancianos de barba blanca, de rostro pálido y de mirada lánguida y triste, estaba sentado sobre la cima de una colina cuando nosotros saltamos en tierra. Conociendo sin duda su impotencia contra el furor de las olas había estado contemplando las desesperadas maniobras de nuestro buque. En vano el cañon y nuestras voces habían demandado repetidas veces socorro; con impasible tranquilidad contestaba á nuestras súplicas señalando el cielo con una mano: tenía razón; contra la orden de Dios ¿qué puede el hombre?

Pero apenas hubimos saltado en la playa, el hombre vino ligeramente á nosotros, nos dió la bien venida, y volviendo á subir á la colina nos condujo á una casita defendida de los huracanes por dos brazos de la montaña.

La noche que siguió á aquel día era horriblemente tempestuosa: mugía con furia el viento, las olas azotaban incesantemente la playa y la nieve se desgajaba de las montañas con un estrépito que asemejaba al trueno. Ardía una buena lumbre en el hogar, y nuestro huésped procuraba por cuantos medios le eran posibles amenguar nuestro espanto.

Entre las cosas que me llamaron la atención en esta sencilla vivienda, fué una gruta que estaba abierta á pico en uno de los lados del hogar. Una imagen de piedra y un farolillo colgado de la bóveda, era lo único que existía en aquella gruta, en que apenas cabía un hombre de pie. A la escasa luz del farolillo, podíase leer un tosco letrero latino grabado á los pies de la imagen, que decía:

«Invoca, náufrago triste,
á la estrella de los mares.»

—Esta imagen, dijo el anciano notando la atención con que yo examinaba la gruta, es la Virgen de los Mares. Fué el primer objeto cristiano que llegó á la isla en brazos de los primeros discípulos del Crucificado, que vinieron á civilizar á los bárbaros habitantes de este país. Esa tosca piedra, olvidada por los hombres en este rincón del mundo, fué el primer estandarte de Cristo clavado sobre las olas del ancho Océano. ¡Ay! qué se hicieron los hombres llenos de fé que aportaron con él á estas playas! Esa gruta, señora, es la única historia que queda de ellos.

—¿Y la conservais en vuestra memoria? pregunté yo.

—¡Ay! si: han pasado los siglos, han pasado los pueblos, pero esta historia, saltando de generación en generación, ha llegado hasta mí, y concluirá sin duda en mí, porque el Norte aumenta cada año los hielos que arroja sobre nuestra playa, y hace á los hombres huir de este clima. Dentro de poco no habrá un viviente que pueda descifrar la idea que representa esa piedra.

—Si no os fuera molesto contarnos esa tradición...

—Lo haré con muchísimo gusto, señora, y mientras el huracán ruge sobre nuestra cabeza, podré entreteneros refiriendo lo que deseáis.

Todos los naufragos rodeamos el fuego del hogar, y el anciano empezó su relación.

II.

Sabido es, señores, que Augusto, jefe del pueblo romano, principió á subyugar la Grecia, acabando Vespasiano por incluirla en el número de las provincias del imperio. En este período de amargura para un pueblo idólatra de su libertad, le tendió una mano amiga esa religión benéfica que promete recompensas eternas á los que lloran. ¡Hay algo seguramente mas consolador que la sublime idea de que un Dios poderoso y compasivo oye los suspiros del esclavo, está en su presencia, y derriba de un soplo al soberbio que le oprime! Por eso la Grecia, naturalmente ilustrada y sensible, acogió con trasporte la nueva doctrina que le enseñaba á tener en poco los bienes de sus tiranos, aspirando solamente á los que se conquistan por medio de los sufrimientos. Así que los jóvenes guerreros de la Grecia, eran entonces los mejores cristianos, y hé aquí por qué los emperadores romanos elegían gran parte de sus soldados entre aquellos jóvenes, á quienes la religión imponía el deber de una obediencia y una fidelidad ilimitadas para con su príncipe.

Entre ellos se distinguía Lisandro por su hermosura, por su valor y por su fé. Nacido durante las vicisitudes de su patria, de una de las mas notables familias de la Grecia, habia sido reducido con sus padres á la esclavitud; pero sus hechos le habian alcanzado la libertad y un puesto distinguido en la milicia. Era alto, de mirada dulce al par que penetrante, y sus formas eran tan proporcionadas como las de las mejores estatuas de su patria.

Llegó á Roma, y Cirilo, el mártir de la religión en los bosques de la Germania, le condujo en seguida á orar á las catacumbas, templo sacrosanto donde los primitivos cristianos elevaban á Dios sus preces. Allí conoció á Diótima, bellísima jóven hija de una familia cristiana, que asistía todas las noches á rendir sus homenajes ante el ara del Señor.

Al cabo de algun tiempo se encontraron solos en una de las bóvedas Lisandro y Diótima: oraban á la vez, pero sus ojos se separaban del altar para enlazarse llenos de amor y de ternura. El rubor de la virgen revelaba los movimientos largo tiempo reprimidos de su corazón, y los ojos del guerrero encendían mas y mas el carmin de sus mejillas.

—Dióti na, dijo Lisandro, Dios permite que nos amemos: ¿por qué hemos de ocultarlo por mas tiempo? Júrame por el Dios que nos está escuchando, que me amarás siempre como yo juro amarte á tí.

La jóven no respondió; pero su mano quedó enlazada con las del guerrero, y sus labios oprimieron los piés de un crucifijo, como el juramento mas solemne de su corazón.

Fué un momento de felicidad que desapareció en seguida. Apenas los jóvenes acababan de pronunciar sus votos, cuando unos hombres armados se apoderaron de la inocente virgen, y sujetaron despues de una resistencia heroica al noble cristiano.

Habiase apoderado del imperio Maximino, hijo de un aldeano godo que de pastor llegó á general, y luego á príncipe por medio del asesinato; y aquel hombre feroz y corrompido, desahogó su rabia contra los cristianos, cuyas costumbres puras y austeras eran la muda condenación de sus desórdenes. Fraguábase en el palacio una trama contra su vida, y creyendo los conspiradores por un falso aviso, que el príncipe estaba en el secreto, se apresuraron á sincerarse, haciendo recaer la culpa en los soldados cristianos de las legiones griegas. El perverso es naturalmente suspicaz y cobarde, desquitándose con ser cruel: dió fácilmente asenso á la calumnia, y mandó sortear hasta cuatrocientos cristianos, para ofrecer un espectáculo sangriento á aquel pueblo impio. Lisandro fué uno de los comprendidos en la muerte fatal, y el terrible decreto fué á arrancarle violentamente del asilo de la religión y de su felicidad.

A los pocos dias la ribera del mar ofrecía un espectáculo desgarrador. Los cristianos habian sido condenados á ser sumergidos por las olas, y el populacho de Roma dejaba la ciudad, para acudir en tropel á presenciar una escena tan divertida para él. Un gran buque contenía á los desgraciados con sus esposas y sus hijos, que iban á abrazar por última vez á los seres mas queridos para ellos. ¡Qué despedida tan triste! Los soldados y centuriones ocupaban otras barcas menores, y se disponían á barrenar por bajo la quilla del de los condenados. Detrás de ellos la multitud formaba un gran círculo de barquichuelos llenos de gente, que sedienta de emociones, lanzaba improperios contra los infelices cristianos. Mas allá la ribera desaparecía bajo los piés de una muchedumbre de espectadores, que batían palmas y victoreaban frenéticamente, en señal de entusiasmo. En medio de aquella plebe corrompida, se elevaba un carro dorado, engalanado con las insignias imperiales, y rodeado de los indóciles pretorianos. Sobre él estaba de

pié Maximino, que por un exceso de crueldad, habia querido presenciar la ejecución, y dar la señal del sacrificio.

Todas las miradas se volvían ya hácia el príncipe esperando la orden fatal, y ya alzaba este su brazo para dar la señal, cuando apareció por entre los soldados una muger bellísima, que con los cabellos sueltos, los brazos desnudos y las lágrimas en los ojos, fué á echarse á los piés del emperador.

—Detente, Maximino, dijo la hermosa Diótima, porque era ella; detente, y si no consigo ablandar tu corazón, deja al menos que vaya á reunirme con los que van á ser sepultados por las olas. Van á morir, ¡oh príncipe! mis amigos y yo con ellos: iremos con resignación, pero antes que el hielo eterno selle mis labios, quiero protestar de la negra calumnia de que somos víctimas. Nosotros atentar á tus dias! conspirar contra tu potestad!... Jamás, Maximino; conoce la diferencia de nuestras creencias: tus dioses te mandan perseguirnos por una infame calumnia; el mio nos manda no solamente velar por tu conservación, sino hasta perdonarte cuando somos víctimas de una injusticia. Caminan á la muerte tus mas fieles defensores, mientras conservas en rededor tuyo, dueños de tu confianza, á esos conjurados y delatores á la vez; adios, que el cielo te perdone, y que no caiga sobre tí nuestra sangre inocente.

Calló Diótima, y el príncipe, conmovido mas que por sus palabras por sus encantos, tendió la vista en torno suyo, como si quisiera examinar á los de su comitiva. Entonces uno de los conjurados, temblando ante la cólera del emperador, se adelantó hasta él, y delató á los verdaderos conspiradores. En vano estos trataron de huir, porque apresados en el mismo instante, fueron decapitados sobre el mismo carro de Maximino. Volviéndose este en seguida hácia la bella Diótima, que sollozaba amargamente, temblando aun por la suerte de sus compañeros.

—Anda, ve, la dijo, hermosa nazarena, ve y anuncia á tus amigos que les concedo la vida, pero que les prohibo sin embargo volver á desembarcar en las costas de Italia ni de ninguno de los dominios romanos. Ellos y sus familias, tripularán los buques que puedan para ir donde quieran; pero están desterrados para siempre del imperio romano.

Diótima llevó la orden cruel á sus compañeros, y en breve aquel puñado de cristianos dan un adios á las playas de su patria para errar aquí y allá sobre la superficie de los mares. Doblaron las columnas de Hércules, y entrando en el desconocido Océano, se dejaron arrastrar por los vientos para buscar una tierra que les diese hospitalidad. Costearon la Iberia, la Galia y la Bretaña, y donde quiera no hallaban mas que el águila romana que se cernía sobre todas las playas, dispuesta á devorarlos en el momento que á ellas se acercaran. Al cabo de algun tiempo hallaron estas islas, adonde ellos mismos quizás sirviendo en los ejércitos romanos, habian arrojado á los infelices galos.

Durante las guerras de la Germania y de la Galia, estos pueblos, espantados ante el poderio de Roma, se habian refugiado á las islas, adonde acudían todos los guerreros que querían conservar su libertad, sus dioses y sus costumbres. Esta isla y otras muchas, estaban enteramente pobladas por los galos, y en ellas se hallaban al abrigo de la ambición dominadora de sus enemigos.

III.

Seis veces la luna habia rodado por el azul de los cielos, desde que los buques de Lisandro avistaron el archipiélago, y aun no habian podido fondear ni acercarse á la playa. Los galos, al ver un dia y otro á aquella pequeña escuadra dar vueltas en rededor de sus islas, creyeron que eran sus enemigos, y al momento convocaron á todos los guerreros para aprestarse á la defensa. Discutían los impetuosos bárbaros el medio de deshacerse de los extranjeros, y ya golpeaban sus escudos en señal de guerra, cuando vieron venir hácia sí un grupo de aquellos extranjeros que acababan de desembarcar, y que traían en la mano la lira, símbolo de dulzura y de paz. Eran Lisandro, el sacerdote Cirilo y algunos griegos que iban á pedir hospitalidad á los bárbaros. Bajaron estos sus lanzas, y acogieron con admiración á los extranjeros, á los que concedieron despues de acaloradas disputas, tierras para establecerse. La paz quedó asegurada en un convite en que la sacerdotisa repartió á los bárbaros la becerra sagrada degollada en las aras de Irminsul.

Llevaron los griegos á sus compañeros la nueva de la paz ajustada, y todos se trasladaron en seguida á estas colinas, donde formaron en breve un pequeño pueblo. Cirilo, el apóstol de la religión en el Norte, eligió esta pequeña gruta para templo cristiano, y en ella colocó esa imagen de piedra que habeis visto y que trajo consigo de la Italia.

Nada faltaba á Lisandro, jefe de la pequeña colonia, para gozar de la paz y libertad que le habia negado su patria, sino la union con la hermosa Diótima. Esta, despues de haber salvado á los griegos en

las playas de Italia, había seguido su suerte, y era mirada por los desterrados como una santa y consoladora virgen enviada por Dios para aliviarlos en sus pesares.

Todo estaba ya dispuesto para la santa ceremonia de unir á los dos esposos. La nueva se había estendido de colina en colina, y multitud de jóvenes galos acudían á presenciar un acto extraño para ellos, y que Cirilo quería verificar con toda la solemnidad posible. Las sublimes ceremonias de la religión cristiana debían hacer un efecto poderoso en la sensible imaginación de aquellos bárbaros.

Mientras estos preparativos tenían lugar, Lisandro, para obsequiar á sus huéspedes con un suntuoso banquete, se internó con otros amigos en las montañas en busca de las hermosas aves que las pueblan. La noche envolvía ya las profundas concavidades de los precipicios, cuando Lisandro y sus compañeros, satisfechos con una abundante caza, se volvían á su habitación. Pero de pronto un rugido les detuvo, y en seguida una fiera cruzó velozmente delante de ellos hasta ocultarse en una caverna. Lisandro levantó su arco, tendió el brazo, y la flecha fué silbando por entre las rocas y la maleza. Un gemido lastimero sucede instantáneamente á aquel silbido, y los griegos se hielan de espanto al escuchar aquel ay doloroso. Acércanse, retiran los arbustos, y descubren una mujer vestida de blanco, coronada de verbena y envuelta en su propia sangre. Lisandro, lleno de estupor y aterrado ante el crimen que acababa de cometer, separó los cabellos que ocultaban el rostro de la mujer, y reconoció en ella á la sacerdotisa de los galos que había visto el día de su llegada: pálida, pero bella todavía y á la escasa luz de los últimos reflejos del crepúsculo, parecía la sacerdotisa una hermosa azucena troncada por el huracán de la tarde. ¿Qué haremos, Dios mío? se preguntaban los griegos; si llevamos el cadáver á los bárbaros, ¿quién contendría su repentino furor? Seríamos víctimas de su iracunda rabia, y después nuestras esposas, nuestros hijos y nuestros desprevénidos compañeros serían asesinados unos tras otros y ofrecidos en holocaustos á sus sangrientos dioses.

Entonces la sacerdotisa, abriendo por última vez sus hermosos ojos medio velados por las sombras de la muerte:

—Huid, huid, dijo, mis eubagos están cerca de aquí, y os degollarán si os encontraran junto á mí. Lisandro, adios; déjame morir, porque muero feliz...

Apenas acabó estas palabras, cuando sus ojos se volvieron á cerrar para siempre.

Los cristianos, después de hacer inútiles esfuerzos para volver á la vida á aquel cuerpo inanimado, recostaron el cadáver en un montecillo de madre selva, y se retiraron á comunicar á sus compatriotas tan impensada fatalidad. Pero mientras ellos caminaban por los bosques, oían extraños silbidos que saltaban de cumbre en cumbre como los ecos de una voz repetida por las rocas de los valles. Al mismo tiempo corrían en dirección contraria á ellos por uno y otro lado algunos guerreros que se perdían instantáneamente en los bosques, como si fueran sombras que cruzasen el espacio con ligerísimo vuelo.

Cuando Lisandro y sus compañeros llegaron adonde estaban los

griegos, todos los galos habían ya desaparecido, y durante todo el día siguiente no se vió á ninguno de ellos. Un extraño silencio reinaba en las montañas y parecía que habían abandonado la isla sus turbulentos habitantes.

IV.

La noche que sucedió á este día era horriblemente tempestuosa; el viento sacudía con violencia los corpulentos árboles de los bosques; el trueno retumbaba entre las rocas, y su espantoso estruendo chocaba con furia contra las montañas, como si quisiera separarlas de su base; y el relámpago cruzaba por los aires tiñendo de rojo la nieve de las alturas. Las fieras se retiraban espantadas á sus cavernas, y todas las criaturas parecía que se ocultaban ante el temible desorden de la naturaleza. Dos hombres sin embargo se deslizaban pausadamente á través de los bosques envueltos por las tinieblas é inundados por la lluvia: eran Lisandro y Cirilo.

—No es posible, dijo este parándose, seguir mas adelante; aquí cubrimos el camino que guía á la habitación de nuestros amigos, y registramos las chozas de los galos: además estamos al pié de un Dolmin, lugar venerable entre ellos, y adonde vienen á consultar sus oráculos y discutir sus negocios.

—La noche que presenciábamos, caro Cirilo, contestó Lisandro, está muy apacible si se compara con las borrascas de mi pecho. Desgraciada Diótima, la muerte quizá va á separarnos para siempre.

—¿Por qué desconfías de Dios? El que nos salvó del implacable Maximino puede escudarnos contra el furor de los bárbaros. Si no lo hiciera, cúmplase su voluntad. Volveos á vuestra tienda; un pueblo y una mujer á quien debeis la vida, necesitan de vuestro brazo para defenderse. Dejadme á mí aquí; si es preciso una víctima, yo lo seré; el sacerdote cristiano debe sacrificarse por los hombres lo mismo en la gran ciudad que al pié de las montañas.

Apenas acababa de decir estas palabras el anciano, cuando llegó á sus oídos un rumor extraño y vieron multitud de luces que se acercaban pausadamente sobre la superficie del mar. Una barquilla flotaba sobre las alborotadas olas, y sobre ella estaba en pié una mujer, vestida de un larguísimo velo blanco recogido al costado y una túnica del mismo color sujeta á la cintura, sobre la que caía su larga cabellera roja, que bajaba hasta sus pies. Agitaba una antorcha en el aire y arrojaba en el agua con palabras misteriosas cierto licor que llevaba en una copa de oro. Parecía el genio de las tempestades corriendo sobre la superficie de los mares; tal era el valor con que luchaba contra ellas.

Llegó á la ribera, mató la antorcha en las aguas, depositó un sagrado galo en una enorme piedra que estaba junto al Dolmin, y con voz vigorosa gritó: «Venid, hijos de los druidas». El eco de aquella voz repetida por las montañas fué á despertar á los galos, y al punto acudieron los bárbaros cantando con ardor:

«Ella nos llama; las tormentas huyen
Cuando apaga su sed Teutate en sangre...»

(Concluirá)



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo 26.